

Discurso pronunciado por María Monza en el acto de graduación del turno tarde de la promoción 2016

“Odio y amo. Quizás preguntas por qué hago esto.

No lo sé, pero siento que sucede y me torturo”.

Catulo, Carmen 85. Poema estudiado en Latín en 4to año.

Queridos compañeros, compañeras, familias, personal no docente, preceptores, tutores, profesores, autoridades:

Empecé con este poema, porque cuando lo leímos en clase allá por mediados de cuarto año con el profesor Pedro Ariztoy, sentí que sintetizaba muy bien lo que a la mayoría de nosotros nos pasaba con el colegio. Y hoy, tres años después, sigo pensando lo mismo.

Amor y odio. Dos emociones muy fuertes, porque creo que para ninguno de nosotros transitar por este lugar resultó indiferente. Con todo lo bueno y todo lo malo, entramos siendo unos y salimos siendo otros. Muchos nos preguntamos infinitas veces a lo largo de la secundaria por qué nos sometíamos a esta tortura que significaba venir a “El Colegio”, pero quizás sin saber bien por qué, nunca nos fuimos.

Fue -o es en realidad- una tarea difícil condensar lo vivido en 6 años, con sus múltiples etapas. Es todavía más difícil pretender que sea algo mínimamente representativo de todos los que estamos acá. Porque transitar el colegio es una experiencia colectiva, pero a la vez muy personal y subjetiva. Con ayuda de compañeros y también de algunos egresados de promociones anteriores, sintetiqué lo vivido en estos años clasificándolo en dos partes: lo que nos generó odio y lo que nos generó amor. Aclaro que es a título personal, no pretendo representar a todos mis compañeros de promoción.

Maldecir profesores con tratos inhumanos, sentir que el colegio no nos contenía, llorar los fines de trimestre por una exigencia por momentos excesiva, quejarnos por tener que estudiar lo mismo que se estudia hace 30 años. Decir que nos íbamos a cambiar de secundaria, que si volviéramos a séptimo grado no la elegiríamos y que nunca mandaríamos a nuestros hijos. Ver a nuestros amigos quedarse libres sin que ni a muchos profesores ni a las autoridades pareciera importarles, más bien que lo creyeran merecido. Vivir escuchando hablar de la excelencia académica y preguntarnos si realmente este colegio tradicional, enciclopedista y quedado en el tiempo la representa. Tener que pasarnos todo el día acá entre campo, clases y trabajos prácticos

a contraturno que siempre caían en el día y horario más incómodo. Una burocracia ridícula, que nos veía como números y a veces nos maltrataba.

En definitiva, todas estas características del colegio que nos fueron creando rechazo y hasta por momentos, descreimiento, son producto de los valores sobre los cuales está construido. Estos son el elitismo y la exclusividad, la meritocracia, el fomento del individualismo y de la competencia entre compañeros. Estos valores se expresan desde nuestro ingreso mismo al colegio. Selectivo, actúa como una barrera socio-económica. Entrar significa dejar a otro afuera según una suma de puntaje que dice reflejar el esfuerzo, pero no lo hace porque muchos corren con ventaja. Al parecer, la educación pública de excelencia es el privilegio de unos pocos, de los privilegiados de siempre.

Cuando teníamos 12 años y fuimos sometidos a ese Curso de Ingreso, que mi profesor del instituto privado al cual tuve la ventaja de poder asistir definió como “espantapibes”, seguramente no nos dábamos cuenta de todo lo que representaba. Pero a lo largo de los 5 o 6 años de nuestra secundaria, estos valores siguieron estando presentes. Y se sumaron otras características: un colegio expulsivo, tradicional, quedado en el tiempo y antidemocrático.

Íntimamente ligada a esta serie de valores, está una figura característica de este colegio: la del libre. Quien no alcanza los objetivos planteados para promocionar un año lectivo se queda libre. ¿Libre de qué? Libre de educación, a la deriva, porque no está a la altura. Hasta hace muy poquito, el estudiante que no aprobaba un año, si quería seguir ejerciendo su derecho y obligación a estar escolarizado, tenía que ir a buscarse una vacante en otro colegio. En este no. Porque, por supuesto, no promocionar un año es absoluta responsabilidad del alumno, un fracaso personal, de ninguna manera una responsabilidad institucional.

Yo creo que es fácil construir un colegio prestigioso si se expulsa a quienes no llegan. El desafío de una institución educativa, a mi entender, es hacerse cargo del conjunto de sus estudiantes con todas sus singularidades y lograr que todos quienes ingresan, siempre que quieran permanecer en ella, puedan egresar.

Por suerte creo que no sólo muchos estudiantes, sino también docentes y hasta en parte algunas autoridades hace años empezaron a cuestionar este enfoque pedagógico elitista y expulsivo y lentamente, a transformarlo.

A pesar de todo estas cuestiones que nombré, de todas las críticas que le hicimos y le seguimos haciendo al colegio, acá estamos: nos quedamos, llegamos hasta el final y creo que la mayoría estamos felices de haberlo hecho. ¿Por qué lo hicimos? ¿porque nos gusta sufrir?

No. Lo hicimos porque con todas sus cosas malas, este es un lugar que siempre nos sedujo.

En parte por lo académico. Les agradezco a todos los profesores que se interesan por lo que hacen y por sus alumnos y que nos hacen enamorarnos de la materia. Gracias por ser un ejemplo como docentes y como personas. Susanna, una estudiante italiana que vino de intercambio por 4 meses cuando estábamos en quinto año, se sorprendió de la comunidad que los estudiantes habíamos establecido con muchos profesores, incluso aunque fueran de años anteriores y ya no los viéramos regularmente. Esto se debe a que muchos de nuestros docentes eligen establecer una relación que vaya más allá de la lección académica del programa e intentan explorar otras maneras de enseñar. Se debe a que, más allá del conocimiento que nos transmitieron, nos enseñaron a pensar. A muchos, a mí, venir este colegio nos abrió la cabeza y eso en gran medida se lo debemos a todos estos docentes que están acá hoy. Nos permitieron darnos cuenta que en realidad no queríamos limitarnos a absorber conocimiento, sino cuestionarlo, debatirlo. Incluyo entre ellos, también a algunos tutores y preceptores, que nos acompañaron en el día a día y nos ayudaron a soportar la cursada. A ellos, que nos interpelaron dentro y fuera del aula, porque tuvieron la voluntad de hacerlo, saliéndose de las relaciones docente-alumno tradicionales, les estamos sinceramente agradecidos.

Por otra parte, el colegio ofrece un combo de actividades extra académicas, que hacen que tengamos otro motivo para pertenecer a él, para querer quedarnos. Actividades que ayudaron a nuestro crecimiento como estudiantes, que fueron parte de nuestra formación y nos permitieron vivir la secundaria de manera distinta. Las opciones son infinitas: coro, tango, voluntariado, yoga, teatro y todos los talleres de extensión, las olimpiadas de química, física, matemática, filosofía y seguramente me olvido de algunas, los viajes de intercambio, las olimpíadas de fútbol interdivisionales. Y el más importante para mí, el que hizo que en tercer año cambiara mi forma de ver, estar, hallarme y sentirme en este colegio: el centro de estudiantes.

Ese órgano, que con todas sus fallas, te ofrece la posibilidad de conocer gente de otros años y turnos, de debatir, participar y crecer como personas y además, de sentir que todas esas cosas malas que enumere antes se pueden empezar a modificar. Porque la política es la herramienta de transformación de la realidad. Así fue como conseguimos por ejemplo un proyecto para libres, que hoy pueden volver a cursar en el colegio las materias que no aprobaron, o actualizar la reglamentación arcaica que impedía que las mujeres pudiéramos venir en short. Hoy se está empezando a debatir una necesaria reforma de los planes de estudios, con un gran compromiso del rector en el tema.

Empezar a militar en tercer año fue lo que hizo que yo tuviera un motivo más que suficiente para quedarme y disfrutar los últimos años en esta institución.

Pero me falta hablar del que creo yo, es el componente más importante que nos genera amor hacia el colegio: todas las personas que nos permite conocer. Quizás la cantidad de horas extra que las distintas materias nos demandan pasar acá además de las horas de cursada tiene un efecto maravilloso: tener tiempo para conocernos bien. Aguante el ranchito de la puerta. Entre este tumulto de egresados se encuentra una división que me hizo pasar los mejores días y sobretodo el mejor quinto año, mis mejores amigas y mi novio.

Otra cosa que la sorprendió a Susanna, fue que el colegio no te echara al terminar de cursar, sino que te permitiera quedarte adentro almorzando, charlando con amigos, militando, estudiando o simplemente haciendo tiempo. Hay que agradecerle a los no docentes y a todos los trabajadores del colegio que garantizan que este funcione en sus múltiples formas, no sólo limitado a las clases dentro del aula. Esto permite que se vuelva un poco tu casa, que lo puedas sentir como tuyo. Pero sería una cáscara vacía sin todas las personas con las que lo atravesamos. El colegio no nos echa y nosotros lo hacemos nuestro, quedándonos a vivir, explotando al máximo el tiempo que podemos pasar en él.

Dije antes que venir al nacional nos transformó. ¿Pero qué nos transformó? La institución, un poco, los docentes bastante, pero por sobre todo, los mismos compañeros, nuestros amigos. A medida que pasaron los años entendimos que, a pesar de lo que el colegio nos había transmitido desde el Curso de Ingreso, nuestros compañeros no eran la competencia. Se convirtieron así en un componente fundamental de nuestra formación. Debo reconocer que esta frase la tomé prestada de un discurso de unos egresados de hace unos años: “cada uno con sus ideas y su individualidad contribuyó a la construcción de los saberes de los demás”. Agrego yo, no es sólo a la construcción de los saberes sino de nosotros mismos como personas.

Y así es, como a casi dos años de haber terminado quinto y a casi uno de haber terminado sexto, sigo extrañando un poco a este lugar. Todavía hay motivos que me permiten venir de vez en cuando y al entrar me invade una mezcla de nostalgia por ya no ser parte y de tranquilidad/felicidad por sentirme como en casa.

Antes de terminar, me gustaría abrir algunos interrogantes. ¿Qué significa, para nosotros, ser egresados del CNBA? ¿Qué sentido queremos darle al diploma que hoy recibimos? ¿Queremos proyectarnos como la elite intelectual que se pregona tanto desde adentro como desde afuera de “El Colegio”?

Me parece a mí que debemos cuestionar y repensar todos los valores que el colegio nos ha transmitido y determinar cuáles de ellos deben ser replicados hacia afuera y cuáles son un vestigio de otra época y por lo tanto no nos representan y no queremos asumir como propios. Creo que tenemos que hacernos cargo de la educación de privilegio que hemos recibido y ser personas comprometidas con la defensa de la educación pública, comprometidas con la construcción de una sociedad más justa, más igualitaria, más inclusiva, más democrática. Comprometidas, en definitiva, con la realidad social, política, económica y cultural que se desarrolla afuera de estas cuatro paredes. Por eso hoy me pregunto y le pregunto a la Ministra de Seguridad de la Nación Patricia Bullrich dónde está Santiago Maldonado. Cierro parafraseando a “La Otra Juvenilia”. Apropriémonos nosotros, los pibes, de estos cinco años que nos pertenecen y reciclémoslo como se nos dé la gana, lo mejor que podamos.

Muchas gracias.